



Revista Electrónica de Psicología Iztacala



Universidad Nacional Autónoma de México

Vol. 21 No. 4 Monográfico

Diciembre de 2018

UNA LECTURA SOBRE LA MILITARIZACIÓN DE LA VIDA: LEY, PROMESA Y DESAPARICIÓN FORZADA

Cesar Roberto Avendaño Amador¹
Facultad de Estudios Superiores Iztacala
Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

El trabajo sugiere la relación que existe en la construcción de subjetividades colectivas entre; ley, promesa y desaparición forzada. Relación utilizada para formar novedosos mecanismos de sometimiento social, no imaginados por activistas de movimientos sociales en resistencia y que da lugar a un escenario que despliega múltiples relaciones entre las fuerzas que participan, todas respetuosas del fundamentalismo edificado por los grupos de familiares de desaparecidos, al tiempo que genera una cohesión social que parece potenciar lo que declara combatir.

Palabras claves. Vida militarizada, ley, promesa, desaparición forzada, memoria.

A LECTURE ABOUT THE MILITARIZATION OF THE LIFE: LAW, PROMISE AND FORCED DISAPPEARANCE

ABSTRACT

This document suggests the relation that exists on the construction of the collective subjectivities, between; law, promise and enforced disappearance. This relation is used to build new mechanisms of social subjugation not imagined by activists of social movements on resistance, and which provokes a scenery which displays multiple rela-

¹ Profesor de la carrera de psicología social de la FESI-UNAM, Correo Electrónico: craa38@hotmail.com

tions between the participant forces; all of them respectful of the fundamentalism built by the family groups of the disappeared; and at the same time, which generates a social cohesion that appears to enhance the same it declares to fight.

Key words: Militarized life, law, promise, enforced disappearance, memory.

La promesa en contexto

Las ideas de libertad, igualdad jurídica y propiedad privada, así como las prácticas sociales y jurídicas que de ahí se derivaron, son consideradas partes sustantivas de la modernidad. Se han presentado al mundo como superiores a las que fueron abandonadas y que hoy día son calificadas de conservadoras. Irrumpieron en el mundo con la disolución del denominado Ancien Régime en occidente, al desaparecer la organización medieval se generalizó la idea de que el fin de las monarquías anticipaba oportunidades para crear nuevos modelos sociales, concebidos como mucho más equitativos, menos violentos y proclives a la pacificación de conflictos mediante el uso de la razón. Estas ideas, según esperaban, encontrarían su materialización en Constituciones políticas que darían fin a las disputas violentas entre grupos de interés que competían por hacerse cargo de los nacientes Estados nacionales, pero además esperaban que entre las naciones habría tratados con los cuales regularían las relaciones entre intereses comerciales protegidos por naciones que procuraban traspasar las fronteras locales. Los instrumentos legales, presentados como racionales pero legitimados mediante las armas, serían herramientas necesarias y útiles para regular todo tipo de relaciones, pero particularmente las comerciales entre los denominados estados-liberales. Con el tiempo este esfuerzo regulador ha mostrado su fracaso y pese a sus carencias y excesos, la idea del Estado liberal irrumpió en el escenario de la modernidad como modelo social deseable que cumpliría las expectativas de aquellos que eran incluidos en el concepto “pueblo”. En este sentido, las revoluciones con las que promovieron los programas liberales en Europa y que finalmente se materializaron en Estados nacionales, inspiraron en el plano ideológico a quienes impulsaron las ideologías liberales que dieron origen a los nacientes Estados nacionales que afirmaron aban-

donar su condición de colonia en el continente americano. Cada región que anunció su independencia del tutelaje colonial aspiraba convertirse en estado, nación y república. En la medida que estos deseos se generalizaron hasta sumar a las poblaciones empobrecidas, se fortaleció la creencia de que vendría la independencia, luego la liberación del régimen colonial y finalmente la soberanía del pueblo, con lo que se ampliaron las expectativas colectivas de que sus deseos serían plenamente satisfechos mediante relaciones sociales reguladas por 'pactos sociales'. De este modo el discurso pactista sirvió para fijar la expectativa de que la regulación legal, tendría su traducción en la satisfacción plena del individualismo, la igualdad jurídica y la libertad.

Se entiende que los huecos e insatisfacciones para cumplir las expectativas colectivas generen, en lo que va del siglo XXI, frecuentes voces que señalan la incapacidad de los gobiernos para dar cumplimiento a las demandas colectivas imaginadas por el liberalismo. La ausencia de respuestas sociales, así como la incapacidad de los gobiernos para satisfacer los deseos colectivos, genera escándalos y anticipa crisis inacabables que se mueven entre el anuncio de que "ahora sí habrá cumplimiento pleno de las promesas de la república" y el anuncio de que el dominio liberal sobre las culturas occidentales se encuentra en proceso de disolución, como sea el incumplimiento de lo prometido deriva en expresiones colectivas violentas. En respuesta, los sobrevivientes que confiaron en la promesa socialista y los fortalecidos liberales, se mezclan y ocupan todos los signos políticos para administrar las insatisfacciones colectivas mediante gobiernos democráticos presentados como respuesta armoniosa de que se cumplirá. Los primeros no se ruborizan por abandonar la idea de realizar la revolución y abrazan entusiasmados la democracia liberal y los segundos reducen sus expectativas sobre la plena llegada de la república. Los pactos entre los sobrevivientes renuevan las disputas sobre el futuro de las sociedades y democráticamente transforman la violencia en políticas sutiles de discriminación. Defienden la idea de que están del lado correcto para edificar una nueva sociedad que hará realidad las promesas contenidas en la idea de república, o bien se aprestan a defender rabiosamente los intereses creados al cobijo del liberalismo.

La convivencia consensada entre revolucionarios y liberales, que se popularizó entre los políticos después de la disolución del socialismo, no debe obviar al conjunto de grupos humanos incluidos bajo el concepto de oprimidos y que Benjamín señalaba como marca inequívoca de que las sociedades viven en permanente estado de excepción (Sánchez y Piedras, 2011) y que Agamben se ha esforzado en documentar profusamente, para evitar los llamados al engaño, tan comunes en las sociedades liberales y democráticas (Agamben, 2000, 2005, 2006, 2015)

Hoy día, los oprimidos del mundo son el leitmotiv que articula un sinnúmero de resistencias sociales en naciones despojadas de sus bienes materiales y simbólicos (como la promesa de igualdad, propiedad y libertad). Pero quienes capitalizan las condiciones que viven los oprimidos se cuidan para no explicitar que los cambios sociales prometidos en los valores de la república son imposibles de cumplir, de ahí que los efectos producidos por la falta de correspondencia entre lo enunciado y lo realizado se atribuya a las imperfecciones del Estado nación y no a los abusos cometidos por quienes poseen poderes no regulados por la ley. De modo que, por su significancia social y porque ahí se condensan los valores de la modernidad, el territorio más descuidado socialmente es el de la ley, pues los esfuerzos que realizan grupos humano-organizados para buscar los modos de realizar el imaginario *estado de derecho* se disuelven entre la presencia de los *expertos* y los intereses ensombrecidos afectados. Así, la *ley* es el espacio simbólico donde se edifican modos específicos de subjetividad colectivas que inhiben o potencializan las militancias ideológicas.

Es la relación ambigua que guardan las militancias con la ley, donde queda atrapada la potencia del reclamo social, sin que ello sea suficientemente explicitado ni por la ley ni por la práctica militante. Esta relación entre militancias y ley es lo que performativamente edifica violencia social, pero la relación que guarda la ley, la militancia y la promesa, conforman una trinidad que hermana los esfuerzos por lograr la materialización de la república y en consecuencia contiene una potencia productora de profanaciones que invocan la presencia del orden violento o su contraparte, la violencia reordenadora.

La promesa, democrática, liberal o socialista, ha sido un manantial permanente para producir guerras de larga duración, el regateo de su cumplimiento obliga a los interesados a reacomodar valores de vencedores y vencidos, de este modo las formas que adquiere el liberalismo y los regímenes revolucionarios se recrean constantemente dejando una estela de descontento que da cuenta del drama permanente que la humanidad vive. Las formas que adquieren los Estados nacionales suelen ostentar la idea de independencia de otras formas de organizar a las sociedades, por ello con frecuencia unos argumentan a favor de la soberanía, el voto libre, universal y secreto y la administración de “gobiernos legítimos”, mientras que otros señalan su triunfo sobre el imperialismo, el individualismo y el egoísmo capitalista. Pero ambos modos de entender lo que acontece, corresponde al programa histórico de la modernidad y no se reducen a los modos democráticos o socializados, también se hicieron presentes los modos autoritarios y sin duda en todos se gestó una tensión entre la crítica orientada a señalar los vacíos y la creencia-práctica que orilló a grandes colectividades a refugiarse en prácticas e ideas fundamentalistas como un modo de reconstruir la cohesión social.

Desde este entendimiento que pone en tensión promesa, ley y militancia, es que propongo pensar el contenido fundamentalista que tienen los acontecimientos, según la historiografía más convencional, del nacimiento de los ordenamientos legales modernos y sus expresiones en Constituciones políticas que buscan promover orden colectivo. Así mismo, considero imprescindible repensar el lugar teórico que se le atribuye a los movimientos calificados como liberacionistas que no hacen sino corroborar la lógica emancipadora (descolonizar, disolver los imperios o minimizar la explotación de la riqueza) y del mismo liberalismo cuyos efectos no sólo son padecidos por población empobrecida, también la naturaleza comienza a cobrar las deudas que ha dejado.

Así se trate de fervientes liberales progresistas amantes de la ley, creyentes de que el pasado siempre es mejor o de revolucionarios fervorosos que promueven la revuelta en espera de que el mundo cambie y llegue la nueva comunidad. Todos esperan que la llegada de un nuevo pacto social finalmente satisfaga los deseos colectivos de equidad, justicia y paz, esperanza materializada en leyes y para sos-

tenerlas, al parecer no se ha encontrado otra vía más que la militarización de la vida, cuyo efecto es violencia social.

Los modos modernos y occidentales de organización social centrados en el Estado nacional (liberal, revolucionario, militarista, fascista o democristiano, entre otros) insisten en proponer que es posible un mundo más equitativo. Pero, además, se aferran a la idea de que es el pueblo el beneficiario de sus esfuerzos. Por ello en sus libretos argumentativos suponen que el *Estado* es el espacio donde la ciudadanía, cuya sumatoria es el pueblo, despliega su actividad siempre a favor del beneficio común. Los argumentos que han edificado y que adquieren carácter de *sumun credo*, apuntan justamente a fortalecer una promesa que se expresa en militancias productoras de violencia. Y es justamente el papel oscurecido que juega esta comprensión en la militarización de la vida, lo que exige claridad para obviar las implicaciones subjetivas apenas y percibidas, pero que hacen síntoma en cualquiera de las versiones de organización calificada de republicana. La militarización de la vida produce insignificancia y simulación por medio de violencias blandas, violencias con la que se promueve una guerra que no se declara públicamente y que opera desde distintos frentes (religiosos, ideológicos, políticos y recientemente corporales a través de la diversidad sexual).

Las esperanzas militarizadas

Derivado de la disolución del socialismo estamos frente a una explosión de reivindicaciones sociales. Diversas en su expresión y complejas en su apreciación (nacionalistas, animalistas, feministas, neo-marxistas, neo-supremacistas raciales, fundamentalistas, entre los más significativos), constituyen un reto a la transición ideológica a la que dio lugar la disolución de la bipolaridad que caracterizó a siglo XX (Traverso, 2012). Una ruta alternativa, propuesta por Carl Smith y recuperada por Agamben, es la recuperación de la teología como el referente y analizante fundamental para comprender los mundos desde visiones genealógicas e investigaciones centradas en los modos de vida modernos (Schmitt, 2009; Agamben). Acompañan a este esfuerzo la irrupción de una intensa discusión sobre los modos en los que conceptualizamos el mundo y cómo este modo de conceptualizar el

mundo produce “realidad social”. Guste o no la puesta en escena de esperanzas, incluidas las producidas por las ciencias sociales, como herramientas para dar salida a las disputas por lo social, hoy día se encuentran en plena expansión con efectos violentos. Y si conceptualmente hay dificultad para analizar las esperanzas contenidas en los modos gubernamentales de organización social, más retos representan las formas de violencia que se hacen manifiestas en el mundo, las cuales son descritas, pero aún no comprendidas.

Señalemos a modo de ejemplo el lugar que la izquierda política le asigna a estas esperanzas después de la disolución de la apuesta socialista, hoy su programa asimila apuestas programáticas que pretenden juntar en un mismo frente de lucha a feministas, veganos, animalistas, grupos con necesidades especiales, niños de la calle, defensores de derechos humanos, ecologistas, indigenistas, religiosos progresistas, defensores de la diversidad sexual, con familiares de desaparecidos, obreros, campesinos, estudiantes, amas de casa, demandantes de casa o tierra. Es decir, estamos frente a un movimiento ideológico que busca sustituir las utopías sociales y colectivas diseñadas a fines del siglo XIX, por demandas particulares de grupos que no han podido ser aprehendidas en torno a un eje programático que apunte a un horizonte de llegada colectiva. En otras palabras, están sustituyendo las utopías socialistas, marxistas y anarquistas que fueron el sello distintivo de la izquierda en el mundo, por expectativas inmediatas, la izquierda vive una mimetización con la inercia liberal, ya que ahora participa de la expansión de mercados al colaborar en la fabricación de modos de vida en torno a demandas específicas de grupos sociales. En este escenario, la memoria se ha convertido en usufructo de grupos de familiares de desaparecidos, de la guerra sucia y de la guerra contra el crimen organizado, la defensa del derecho humano ha sustituido las luchas por la liberación, convirtiéndose es un jugoso negocio de la Iglesia católica que afirma representar a la sociedad civil. La disputa por el proyecto social ha cedido su lugar a la tolerancia como signo inequívoco de relaciones pacíficas, las prácticas sexuales (particularmente de los clérigos romanos) se ha convertido en negocio de organizaciones laicas. Todas, luchas acotadas por la particularidad.

Con la inercia liberal de fortalecer el mercado, la izquierda promueve un tipo de memoria que disuelve su densidad utópica hasta sustituirla por una ideología-práctica volátil, que responde al acomodo de prácticas resistentes en el marco del estado de derecho liberal que se ha visto sometido a valores simbólicos plenamente liberales; tolerancia, multiculturalismo, teorías de la liberación y defensa de los derechos humanos (Žižek, 2009). Ahora las esperanzas de cierta izquierda buscan la satisfacción de lo que llaman “derechos humanos”, promueven leyes proteccionistas de la vida animal, alientan la legalización de novedosas formas familiares, al tiempo que critican las formas tradicionales, impulsan un programa ideológico centrado en el género, repiten obsesivamente la letanía “vivos se los llevaron, vivos los queremos”, promueven una memoria forense, en suma, traicionan los programas que buscaban edificar un mundo equitativo y que inspiraron las luchas del pasado siglo XX, las cuales por cierto fueron violentas.

No es posible obviar que las esperanzas que han sido integradas al programa político de la izquierda resultan por demás subversivas a las causas y motivaciones que orillaron a miles a tomar las armas y organizarse para procurar disolver y desaparecer la apuesta liberal. Contra lo que afirman los militantes izquierdistas de consigna, sus hechos combaten lo que afirman defender, sus posiciones y prácticas promueven el liberalismo-económico. Su apuesta social no coincide con el programa histórico que buscó construir un mundo donde quedará abolida la opresión. Los hechos confirman que se busca ocultar su acto subversivo mediante producciones testimoniales, con los que socavan la memoria de quienes lucharon por un “orden social equitativo”. Son cómplices de la “democracia liberal”, reciben en premio el permiso y la libertad para expresar públicamente su desprecio al liberalismo, mientras usufructúan y comparten la riqueza enajenada violentamente mediante mecanismos del mercado. Desmontan, aunque afirman no pretenderlo, la potencia contenida en las teorías del pasado. El horizonte social prometido en su literatura queda disuelto por sus actos. Llenan sus bocas de palabras que prometen el triunfo del modelo de organización social, democrático y liberal. Pero sobre todas las cosas, defienden los valores democrático-liberales (Calveiro, 2006) y con ello socavan las culturas o proyectos sociales derrotados por la inercia de la

hegemonía liberal. Simulan ser de izquierda, mientras sus acciones fortalecen el modelo, hasta afianzar sus propios intereses y relaciones sociales en la rapacidad del mercado.

Militarizar las ideas

Los mercados, ahora mundializados, tienen diversas regulaciones y agentes mediadores, uno de ellos es el Estado, pero no un estado pensado como entidad hegemónica, sino uno heterogéneo (Villalobos, 2012). Su encargo es administrar el orden social mediante complejos dispositivos enmarcados en instituciones que van desde la representación popular, hasta las organizaciones no gubernamentales que impulsan estrategias psicosociales para el dominio de las subjetividades colectivas. Los desvíos sociales, síntomas de malestar con los modos y contenidos de la administración estatal, se materializan en grupos que se desvían de las lógicas instituidas y declaran oponerse al poder, consecuentemente son tratados con distinguos. Entre las expresiones más vigiladas, se encuentran aquellos que asumen la tarea de cambiar sus condiciones de existencia mediante la transformación del proyecto social por medio de las armas, el enfrentamiento arroja no sólo muertos, también dosis de dolor colectivo, cancelación de esperanzas y sueños, miedos, obsesiones y una permanente disputa por la apropiación y usufructo simbólico de las víctimas. Si en una confrontación todos pierden, no todos pueden capitalizar la pérdida como bandera de resistencia y lucha frente al poder enfrentado, de ahí que la figura del desaparecido es empleada como elemento paradigmático, en ella encuentra potencia la militarización de la subjetividad colectiva y también la reivindicación de grupos derrotados en enfrentamientos armados.

Si en la década de 1970 la figura del desaparecido fue construida en el contexto de inercias autoritarias y lógicas militaristas que impedían las expresiones políticas, los casos de Colombia y México esperan ser analizados debido al pase simbólico entre la militancia izquierdista militarizada desaparecida y los desaparecidos en el contexto de guerras motivadas por el control del comercio de drogas. Los mensajes codificados tanto en el contexto de la década de 1970, como los de las décadas de 1980 y 1990 en Colombia (Gatti, 2011) y 2000 y 2010 en México

(González, 2014) apuntan a que las condiciones no van a cambiar, que la población debe mantenerse al margen de los conflictos si no quiere tener el mismo destino, hasta la ratificación de que los poderes deciden sobre la vida y la muerte como hecho manifiesto de que el Estado ha diversificado su soberanía (narco Estado, Estado fallido, insurgencia sin ideología).

Hablamos de la imposición de guerras derivadas de inercias globalizadoras que interpelan la creatividad de la población. Los afectados edifican poder mediante actos de civilidad legal, irrumpen en el espacio público a través de organizaciones de familiares, amigos e interesados que “exigen” la presentación con vida de quienes fueron arrancados de sus existencias cotidianas mediante la fuerza del Estado o por grupos paramilitarizados calificados de delincuentes. Los actos de fuerza mediante armas, propios de ejércitos vinculados, legalizados y avalados por el Estado, ahora son sustituidos por fuerzas civiles con pensamiento militarizado vinculadas a grupos criminales y convencidos de que combaten al mal. Así que, en respuesta, la fuerza civil acepta la dirección estratégica de fuerzas aliadas que se ocupan en masificar sus expresiones para buscar ser escuchada y producir espacios de negociación política. Todas las fuerzas involucradas en la desaparición de personas, están militarizadas, ya como expresión para(militar), o bien mediante la militar(ización) de un pensamiento ocupado en producir consignas verbales con las que edifican grupos de combatientes especializados en condensar los enconos sociales, malestares culturales y resentimientos colectivos, ya sea con armas o con consignas, se trata literalmente de ejércitos cuyo encargo es ocupar los espacios públicos y privados, con los que se despliegan acciones radicalizadas para reprimir cualquier expresión considerada inaceptable.

En este escenario de prácticas, lenguajes y expresiones militares, los relatos edificados alrededor del desaparecido interpelan las soberanías y las subjetividades que las sostienen. Ejemplifico con el caso de los desaparecidos de la década de 1970 y espero, en un trabajo posterior, aportar algunos elementos de análisis de lo que acontece con los desaparecidos a partir del 2006, año en el que el presidente Felipe Calderón le declaró la guerra a las organizaciones dedicadas al narcotráfico.

Entre las organizaciones de familiares de desaparecidos de la década de 1970, priva la ambigüedad (era guerrillero, pero se le presenta como una buena persona) y la bipolaridad (sus buenas acciones se contrastan con las acciones abusivas del poder estatal), con lo que ensombrecen los límites entre los deseos de su familiar desaparecido (el horizonte utópico que compartía con sus compañeros de armas) y los excesos cometidos en nombre de una futura revolución que nunca llegó, pues teniendo poder, lo ejercieron hacia dentro y hacia afuera de manera facciosa y engañosa. De un lado queda el silencio oficial por los abusos cometidos, de otro lado la sobre-significación de un *bien puro* que sólo existe en la imaginación de los familiares, pero inexistente en las prácticas humanas. Así las acciones armadas de quienes fueron desaparecidos, cuyo propósito apuntó a la transformación de las condiciones de existencia, apoyados en un programa político que prometía la equidad en la distribución de la riqueza mediante el combate al Estado burgués y al oportunismo de cualquier tipo, diluyen en el escenario más negativo los excesos cometidos al interior de los grupos armados. De ahí que cuando los familiares reclaman la presentación con vida de su familiar mediante prácticas contrarias a los programas políticos en los que militó la persona desaparecida, por ejemplo, su participación activa en fiscalías para crímenes del pasado repudiadas por una parte de los demandantes, se dice que subvierten las luchas que defendieron, no los guerrilleros, sino las organizaciones de familiares.

En el pasado el Estado señaló a los desaparecidos como enemigos del orden social, hoy las organizaciones que exigen su presentación con vida hablan de ellos como personajes que debiera reaparecer a fin de reparar una carencia y necesidad social, desde esta exigencia no puede pensarse más que en la existencia de un desvío y contradicción que deriva en una subversión de la figura del desaparecido y con ello, un acto desviante en las prácticas que buscan la transformación social.

Militarismo sin brújula

Entre la numerosa militancia que busca la presentación de desaparecidos durante la guerra sucia, existe poco interés por realizar análisis donde discutan su propia

actuación sobre la lucha que dicen defender. Elaboran un modo de operar para evadir el debate, condenan pavlovianamente a aquellos de los que se sospecha buscan desviar su lucha, como si la claridad y la superioridad en la argumentación estuvieran de su lado e insisten en seleccionar aquellos pasajes de la historia de sus desaparecidos para fortalecer la tesis de que fueron víctimas de un Estado “terrorista”. Finalmente, no se atreven a reconocer que emplean estrategias propagandísticas que apuntan a deformar las luchas de sus familiares, con lo que desdibujan las razones y las prácticas que desarrollaron y que fueron motivo suficiente para que el Estado los desapareciera. Los grupos vinculados al histórico Eureka, centran su actuación y decir en elaboradas imágenes de “buenos ciudadanos” avasallados por un poder incapaz de comprender la bondad contenida en el mensaje y la práctica desplegada por su familiar, pero oscureciendo su condición de combatiente armado y dispuesto a matar.

El crítico del Estado mexicano, el estratega, el que dijo haber realizado expropiaciones en nombre del pueblo, el que soñó con un país donde el interés político atendiera y resolviera la desigualdad económica y cultural. El que aspiraba a ser voz de los sin voz, el que imaginó que el oportunismo y los oportunistas eran derrotados, el que empuño las armas, el que entregó su existencia y su fuerza para recomponer un mundo considerado terriblemente injusto, el estudioso de la realidad, el que permanentemente se refería a Carlos Marx y al marxismo para comprender la realidad, queda disuelto por la lucha y las reivindicaciones de sus familiares, como si se quisiera ocultar bajo las consignas “al país le hace falta un médico...” y “vivos se los llevaron, vivos los queremos” la potencia ideológica que inspiró su actuación frente a un Estado indeseable para él.

Aunque la expresión sintomática del desdibujamiento en la relación organización-desaparecido es la consigna y la relación filial de los militantes con el desaparecido se escenifica como la comprobación de la vocación terrorista del Estado, no es ahí donde acontece el desvío entre promesa, ley y militancia, sino en las existencias a las que da lugar. Es en la imaginación desplegada alrededor del desaparecido, donde acontece la producción de una existencia militante que traiciona de un lado lo que fue la vida del desaparecido y de otro lado la lucha social en la que

participó. Y aquí, la categoría sociológica de secta aplicada a los grupos religiosos desviantes queda achicada, pues la producción de rituales en estas organizaciones se impone y la doctrina laica que proponen en torno al desaparecido subvierte el sentido de la existencia del que esta ausente. Estamos frente a la producción de un lenguaje atrapado en consignas como condición para ensombrecer lo importante y resaltar lo accesorio, los involucrados pasan por iniciaciones que incluyen rituales orientados a someter la protesta social a experiencias afectivas mediatizadas por aristócratas que sufrieron la desaparición, que minimizan el olor a pueblo y hacen presentable la demanda frente a medios acostumbrados a presentar magistralmente las notas periodísticas del día, lo que al menos debiera minimizar las lecturas compasivas del tema y colocar una lectura más crítica de lo acontecido.

La Militancia entre el silencio y complicidad

Una dificultad en la comprensión del problema de la desaparición forzada son los silencios que los grupos edifican en torno a ellos, si por un lado hay una sobre explotación de los aspectos positivos que se le atribuyen, de otro lado otros se oscurecen los pasajes violentos producidos por el desaparecido y que arrojan una perspectiva bipolar, como si el desaparecido careciera de potencia provocadora. Lo que arroja es un escenario donde la violencia, según esta versión, se genera del lado estatal y la resistencia irrumpe como víctima sin posibilidades de respuesta. Esta versión supone una resistencia armada que evade excesos y abusos y en consecuencia edifica una memoria que acosa toda experiencia que no corresponde a su versión. Al parecer el propósito es la enunciación de lo narrable, pero queda la huella que apunta a la existencia de narraciones inconfesables porque denunciarían el sesgo siniestro que sin duda tiene todo movimiento que se resiste al poder del Estado.

Son historias de guerra, de enfrentamientos, donde lo que está en juego es la vida misma, historias donde se dieron actos sangrientos que por su naturaleza “es mejor mantener silenciadas”. Así, el rumor de encuentros y acuerdos, ajusticiamientos, negociaciones en la penumbra, entre otras acciones resultan inconfesables, lo

que deriva en una red implícita de complicidad que no permite develar lo que oculta el mutismo colectivo.

Silencio y complicidad son condicionantes impuestos a quienes pretenden comprender lo acontecido. Cualquier confesión no autorizada entre quienes poseen información sobre la naturaleza de la lucha que emprendieron los combatientes y las derivas a las que dio lugar, lleva impuesto un código, no escrito sino exigido por la vía de la lealtad y complicidad, es un acuerdo implícito en el que participan por igual familiares de desaparecidos, investigadores y simpatizantes. Pues se trata de dar tratamiento específico a narraciones que tienen que ver con; el retiro discreto a la vida civil de víctimas no reconocidas por ser afectadas desde las mismas organizaciones que dicen defenderles, mutismo impuesto para preservar imágenes de conveniencia, para el Estado y las mismas organizaciones, impunidad para unos, castigo para otros, linchamiento moral a unos, reconocimiento público a otros. La consigna que se impone de no hablar sobre los actos violentos de los desaparecidos de la guerra sucia, silencia la condición trágica de víctimas no reconocidas por el Estado y por la guerrilla sobreviviente y les condenan a permanecer invisibles por las lógicas edificadas en torno a una complicidad compartida, lo que es, sin dudar, una contradicción trágica, si se acepta que eran parte de un programa que les incluía en las luchas de las organizaciones armadas.

El silencio impuesto subvierte hasta la traición el sentido de la lucha que emprendieron los desaparecidos armados, en la medida que se desvanece la posibilidad de elaborar acciones que apunten al replanteamiento de proyectos sociales que insistan en la equidad y el combate al oportunismo, asunto que parece imposible desde las prácticas que han desarrollado los sobrevivientes. Promover el silencio sobre lo acontecido, no puede ser entendido al margen de la complicidad que promueven quienes buscan deformar la imagen de los desaparecidos, quienes los presentan como personas que se dedicaban a un oficio, una profesión o eran buenos padres de familia y que fueron afectadas por el Estado, despojándolos de elección armada.

Esta deformación, tiene nombre; subversión de la lucha y el programa revolucionario que los desaparecidos defendieron. Su efecto sobre la subjetividad colectiva ha

sido la domesticación de la imagen que se tiene de quienes se involucraron en la guerra de los 70's, el sesgo rebelde con el que se involucraron en la lucha armada, ha sido cambiado por la exigencia de que el Estado presente a ciudadanos que desapareció por la fuerza y que "nos hacen falta a todos". La consigna da forma a una memoria que transgrede la participación activa del cambio social a través de las armas, la construcción de relaciones violentas orientadas a la transformación, hasta someter las acciones de quienes dicen reivindicar la memoria de sus desaparecidos a la voluntad del Estado, con lo que se contribuyó en la edificación de un campo de oportunistas, que con sus acciones y palabras han fortalecido el mundo que dijeron combatir.

Los combatientes de distintos grupos guerrilleros y que ahora participan de la vía civil, quienes además han contribuido con sus testimonios o han edificado espacios para repensar los significados de la vía armada, participan de una crítica montada en dispositivos complejos que se manifiestan de distinto modo; la que se elabora a partir del tipo de relaciones que han construido entre ellos mismos, la que han configurado a partir las relaciones con los hijos de desaparecidos y excombatientes y la que han logrado edificar con las organizaciones de familiares. Las tareas que exige un ejercicio analítico que pretenda poner en cuestión la memoria que le heredan a la sociedad, demanda el estudio de las condicionantes que entre ellos sostienen; complicidad, silencio y reproducción de sus posiciones ideológicas.

La memoria como asignatura pendiente

Tenemos que admitir que hay una distancia inconmensurable entre lo que leemos sobre los combatientes desaparecidos y las prácticas que han desarrollado quienes dicen seguir sus luchas y programas. A tal punto que nos parece justificado hablar de una perversión que deriva en subversión del sentido ideológico que sostuvo la lucha armada en la década de 1970, La práctica heredada está sometida a los valores del liberalismo (democrática, apegada al derecho y derivada de consensos) y no a los valores edificados por socialistas, comunistas y anarquistas, por ello son prácticas contrarias a la que es posible identificar en los documentos doc-

trinarios y programáticos de los grupos armados, pero al mismo tiempo es un asunto que exige reexaminar la subjetividad colectiva producida por las organizaciones que exigen la aparición con vida de los desaparecidos.

De cualquier modo, se advierte que la cuestión no es fácil de afrontar, pero los interesados en ello pudieran esforzarse por evitar dos errores recurrentes:

El primero, rechazar todo el pasado de los combatientes desaparecidos, como queriendo despreciar y condenar lo que fueron antes de la intervención del Estado y repetir como lo hacen los voceros de los grupos que triunfaron sobre ellos, que fueron traidores al patria y origen de males contemporáneos como; terrorismo, pobreza, servidumbre, ateísmo y perversión de la juventud y participes activos del empobrecimiento de la cultura civil de país. A su lado, como siendo la otra cara de la moneda, la glorificación y exaltación de la violencia y la vía armada de manera simplista, una glorificación de las personas armadas y de sus hechos. Si algo hay en estas expresiones, es alimento al fundamentalismo y autoritarismo.

El segundo error es la proclamación de que los tiempos que hoy se viven son diferentes y consecuentemente la recuperación de la memoria de combatientes desaparecidos puede ser más imparcial. Ello es en parte cierto, si reconocemos que quienes participan en el esfuerzo de recuperar memoria cargan con apuestas que los posicionan frente a la vida. Ayer las apuestas combativas y por ello violenta era a favor de los pobres, hoy la democracia participativa impone una violencia sobre los empobrecidos. Ayer la resistencia se colocó a lado de campesinos y obreros con la pretensión de poseer una verdad absoluta, ellos eran el sujeto de la historia, dogmatismo asumido y ejercido con violencia, hoy no hay límites, los sujetos se diversifican y traspasan la condición humana. Ayer, las prácticas pasaban por el tamiz de la moral revolucionaria, hoy convivimos con una moral plástica sin límites. La cultura hegemónica possocialista que encuentra síntesis en el consenso, el derecho humano y las prácticas de liberación imponen una subversión de la potencia ideológica encarnada en combatientes y desaparecidos de la década de 1970. De ahí que el manejo ideológico que se condensa en la consigna "*vivos se los llevaron, vivos los queremos*", desliza un fundamentalismo interpretativo, como si sólo hubiese un núcleo comprensivo de la violencia de Estado desplegada du-

rante la guerra sucia. Asunto que no es coincidente con las testimoniales que apuntan que la idea de enfrentar al Estado con las armas se llevó a cabo con pleno conocimiento de causa, los participantes eligieron libremente el claudestina-je armado, se apartaron voluntariamente y optaron por enfrentar con violencia al que consideraron su enemigo histórico. No aspiraron a la vida cómoda, con café y botanas gourmet, eligieron pagar con vida, lo que plantea una cuestión humana-mente abordable; ¿Por qué en buena medida quienes reivindicán sus memorias hacen lo contrario a lo que ellos defendieron?, ¿cuáles son las fuerzas?, ¿cuáles los mecanismos?, ¿cuáles los desafíos?, ¿cuáles las estrategias?, ¿cuáles las estructuras que ocasionan esa subversión? Considerando que se trata solo de hombres y no de dioses o demonios.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, Giorgio (2000). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*. Valencia: Ed. Pre-Textos.
- Agamben, Giorgio (2015). *Stasis, La guerra civil como paradigma político. Homo sacer II.2*. Gravellona Toce: Bollati Boringhieri editore.
- Agamben, Giorgio (2006). *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida I*. Valencia: Ed. Pre-Textos.
- Agamben, Giorgio (2005). *Estado de Excepción, Homo sacer II.1*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- Agamben, Giorgio (2000). *El tiempo que resta. Comentario a la carta a los Romanos*. Madrid: Ed. Trotta.
- Enzo Traverso (2012). *La Historia como Campo de Batalla*. México: Fondo de Cultura Económica.
- González, Rodríguez Sergio (2014). *Campo de Guerra*. Barcelona: Anagrama.
- Gatti, Gabriel (2011). *Identidades desaparecidas: Peleas por el sentido en el mundo de la desaparición forzada*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Pilar Calveiro (2006), Los usos Políticos de la Memoria, en Caetano Gerardo compilador (2006), *Sujetos Sociales y Nuevas Formas de Protesta en la Historia Reciente de América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 359-382.
- Sánchez Sanz, José y Piedras Monroy Pedro, "A propósito de Walter Benjamín: Nueva Traducción y Guía de Lectura de las 'Tesis de Filosofía de la Historia'", en Duererías, *Analecta Philosophiae*, revista de filosofía, 2ª época, Número 2, febrero de 2011, pp. 1-32.
- Schmitt, Carl (2009) *Teología Política*. Madrid: Ed. Trotta.
- Villalobos Ruminott, Sergio (2012, agosto 9). "Guerra y violencia mítica: el secreto de la soberanía". Conferencia para el departamento de filosofía. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago de Chile. Recuperado de <http://escriturasamericanas.cl/bitacora/2013/agosto/guerra.pdf>. Consultado el 22 de febrero de 2014.
- Žižek, Slavoj (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós.